ΣΟΦΙΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NASTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista; siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA TORRE DE BABEL del pensamiento moderno.

II

Es probable que Arquímedes tuviese olvidadas en su época más cosas que las que jamás supieron nuestros matemáticos, astrónomos, geómetras, mecánicos, hidrostáticos y ópticos modernos. A no ser por Arquitas, el discípulo de Pitágoras, la aplicación de la teoría de las matemáticas á objetos prácticos, hubiese quizás sido ignorada por nuestra gran Era de invenciones y maquinaria. Inútil es recordar al lector todo lo que conocían los arios, por haberse consignado en el *Theosophist* y en otras obras que pueden obtenerse en la India.

Sabio fué Salomón cuando dijo que «*nada nuevo* existe bajo el Sol,» y que todo lo que *es*, «fué ya en los tiempos que nos precedieron,» excepto, quizás, las doctrinas teosóficas, de cuya «invención» acusan algunos á la humilde escritora del presente artículo.

El primitivo origen de esta (delicadísima) acusación, es debido á los nobles esfuerzos de la S. P. R. (1). Tanto más lo hemos de agradecer á esa «docta Sociedad de *Investigaciones* de fama universal,» cuanto que sus miembros son, según parece, incapaces en absoluto de inventar cosa alguna original, ni siquiera de presentar un ejemplo vulgar.

Si el curioso lector lee el artículo inserto á continuación de éste, tendrá la satisfacción de hallar una preciosa prueba de este hecho, en una

(1) La Sociedad de Investigaciones Psíquicas de Londres. — *N. del T.*

reimpresión de la obra *Lives* (Vidas), del viejo Isaak Walton, que nuestro colaborador ha titulado «el Cuerpo Astral de Mrs. Donne». Así, pues, ni los sabios profesores de Cambridge pueden prescindir de tomar algo de un libro antiguo; y no sólo omiten el reconocer la deuda, sino que se toman el trabajo de presentar el asunto al público *como cosa original*, sin guardar siquiera la atención de poner comillas. Y así todo ello.

En una palabra: puede decirse de las teorías científicas, que aquellas que son ciertas no son nuevas, y que las nuevas no son ciertas, ó por lo menos son muy dudosas. Es muy fácil apoyarse en «simples hipótesis;» pero lo es menos sostenerlas frente á la lógica y la filosofía. A fin de abreviar este importante asunto, sólo nos bastará establecer una pequeña comparación entre las enseñanzas antiguas y las modernas. Lo que la ciencia moderna quiere hacernos creer, es lo siguiente: los átomos poseen propiedades *innatas* é inmutables. Lo que las filosofías orientales esotérica y exotérica llaman Espíritu, substancia *divina (Purusha Prakriti)*, ó Espíritu Materia eterna, inseparables el uno de la otra, lo llama la Ciencia moderna Fuerza y Materia, agregando, como lo hacemos nosotros (porque es un concepto Vedantino), que, siendo ambos inseparables, la materia es tan sólo una abstracción (más bien una ilusión). Los Ocultistas orientales reducen las propiedades de la materia á la atracción y repulsión; los hombres de Ciencia, á la gravitación y á las afinidades.

Según esta doctrina, las propiedades de las combinaciones complejas no son más que los resultados necesarios de la composición de propiedades elementales; siendo las existencias más complejas los autómatas físico-químicos llamados hombres.

La materia, al principio esparcida é inanimada, engendra la vida, la sensación, las emociones y la voluntad, después de una serie total de «tanteos» consecutivos. Esta última expresión, poco feliz (propia de Monsieur Tyndal), obligó al escritor filosófico Delbœuf (1) á criticar en términos muy irrespetuosos al sabio inglés, y nos pone en el caso á nuestra vez de convenir con el primero.

La materia, ó cualquiera otra cosa condicionada del mismo modo, desde el momento que se la declara sujeta á leyes inmutables, *no puede* «andar á tientas.» Mas esto es una vagatela comparado con aquello de la materia muerta ó *inanimada*, produciendo *vida* y hasta fenómenos psíquicos propios de la mente más elevada.

(1) En la *Revue Philosophique* de 1883, donde traduce esos «tanteos» por *tatonnements successifs*. (En francés en el texto.) — *N. del T.*

Finalmente, un determinismo rígido reina sobre toda la Naturaleza. Todo aquello que ha sucedido una vez á nuestro Universo *automático*, tenía que suceder, puesto que el porvenir de ese Universo está trazado en la más pequeña de sus partículas ó «átomos.» Colocad — dicen — esos átomos en la posición y el orden que ocupaban en el primer momento de la evolución del Kosmos físico, y se repetirán los mismos fenómenos universales, precisamente con el mismo orden, y una vez más volverá el Universo á sus condiciones presentes. La lógica y la filosofía contestan que esto no puede ser así, puesto que las propiedades de las partículas varían y se modifican. Si los átomos son eternos y la materia es indestructible, estos átomos no pudieron jamás ser producidos; por lo tanto, no puede haber cosa alguna *innata* en ellos. Su substancia es la substancia homogénea *una* (y nosotros añadiremos *divina*), mientras que las moléculas compuestas reciben sus propiedades al principio de los ciclos de vida ó *manvántaras*, de *dentro afuera*. No pueden los organismos haberse desarrollado de la materia muerta ó *inanimada*: primero, porque semejante materia no existe; y segundo, porque la filosofía demuestra de una manera concluyente, que el Universo no está «sujeto á la fatalidad.»

La Ciencia Oculta enseña que el proceso universal de diferenciación principia de nuevo después de cada período de *Maha-Pralaya;* mas no hay razón alguna para creer que se repita servil y ciegamente. Las leyes *inmutables* duran tan sólo desde el principio hasta el fin de la vida universal, siendo sencillamente los efectos de la acción primordial, inteligente y libre. Para los teosofistas, como también para el Dr. Pirogoff, para Delbœuf y para otros muchos grandes pensadores modernos independientes, la Mente Universal (é *impersonal*, porque es *infinita*), es el Demiurgo verdadero y primitivo.

¿A qué mejor ejemplo de la teoría de los ciclos que el hecho siguiente? Unos setecientos años próximamente antes de Cristo, se enseñaba en las escuelas de Thales y de Pitágoras, la doctrina del verdadero movimiento de la tierra, su forma y el sistema heliocéntrico completo. ¡Y en el año 317 después de Jesucristo, vemos á Lactancio, preceptor de Crispo César, hijo del Emperador Constantino, enseñar á su discípulo que la tierra era un plano rodeado por el cielo, y compuesto de fuego y de agua! Además, el venerable Padre de la Iglesia ponía á su discípulo en guardia contra *la doctrina herética de la forma globular de la tierra*, ni más ni menos como los «Padres Maestros» de Cambridge y de Oxford, previenen ahora á sus alumnos contra las perjudiciales y supersticiosas doctrinas de la Teosofía, tales

como las de la Mente Universal, la de la Reencarnación, y así sucesivamente. Los miembros de la Sociedad Teosófica han resuelto tácitamente adoptar un proverbio del Rey Salomón, parafraseándolo para su uso diario: «Más sabio es un hombre de ciencia á sus propios ojos, que siete teosofistas capaces de dar una razón.» No se debe, por lo tanto, perder el tiempo en discutir con ellos; mas, por otra parte, no debe omitirse medio alguno de poner de manifiesto sus errores y torpezas.

La arrogancia y engreimiento científicos de los orientalistas, particularmente de los que pertenecen á la rama más moderna — los Asiriólogos y los Egiptólos — es verdaderamente fenomenal. Hasta ahora se había concedido que los antiguos, los filósofos é *Iniciados*, por su puesto, poseían conocimientos sobre algunas cosas que no podían los modernos volver á descubrir. Pero ahora, aun los más grandes Iniciados, se presentan al público como locos. He aquí un ejemplo:

En las págs. 15, 16 y 17 *(Introducción)* de las conferencias Hibbert, dadas en 1887 por el profesor Sayce sobre *Los antiguos Babilonios*, tropieza el lector con un acertijo capaz de hacer vacilar al más decidido admirador de la ciencia moderna.

Lamentándose de las dificultades y obstáculos que á cada paso encuentra en sus estudios el Asiriólogo, después de presentar el «catálogo terrible» de las formidables luchas que ha de sostener el intérprete para dar un sentido á las inscripciones sacadas de fragmentos de ladrillos, confiesa el profesor que el estudiante que ha de leer esos caracteres cuneiformes, se ve frecuentemente expuesto «á emplear una construcción errónea respecto á paisajes aislados, cuyo contexto ha de suplirse por congeturas» (pág. 14). ¡A pesar de lo cual, el sabio conferenciante *coloca al Asiriólogo moderno por cima del antiguo Iniciado Babilónico*, en el conocimiento de los símbolos y de su propia religión! Merece el pasaje citarse *por entero:*

«Es cierto que muchos de los textos Sagrados fueron escritos de modo que fueran sólo inteligibles para los Iniciados; pero los Iniciados estaban provistos de claves y glosas, *muchas de las cuales están en nuestras manos* (?)... Podemos penetrar el verdadero sentido de documentos que eran para ellos (el vulgo babilónico), un libro cerrado. Pero aún hay más; las investigaciones que se han llevado á cabo durante el último medio siglo acerca de las creencias de las naciones del mundo, así pasadas como presentes, *nos han suministrado una guía* para la interpretación de esos documentos, *que ni los mismos Sacerdotes Iniciados poseían.*»

Lo que precede (la letra bastardilla es nuestra), podrá apreciarse mejor presentado en forma silogística.

Premisa mayor: Los antiguos Iniciados tenían claves y glosas para sus textos esotéricos, *de los que eran los* INVENTORES.

Premisa menor: Nuestros orientalistas poseen *muchas* de estas claves.

Conclusión: Ergo, los orientalistas tienen un guía que *los mismos Iniciados no poseían!!*

Y preguntamos ahora: En tal caso, ¿en qué estaban iniciados los Iniciados? ¿Y quién inventó los velos que ocultaban ciertas verdades?

Pocos orientalistas podrían contestar á esta pregunta. Somos, sin embargo, más generosos, y quizás expongámos en nuestro próximo artículo aquello en que no han sido nuestros modestos orientalistas jamás iniciados, á pesar de todas sus pretendidas «claves.»

(Se continuará.) H. P. B.

CARTAS QUE ME HAN AYUDADO

COMPILADAS POR

JASPER NIEMAND

(CONTINUACIÓN)

VI

QUERIDO JASPER:

Es un gran adelanto que oigáis las campanas que pocos oyen, lo cual prueba que os halláis donde podéis oirlas; esto es mucho ciertamente. No os fijéis en el sonido de las campanas, más poned toda vuestra atención en las *ideas* que os sugieran, y aplicadles la piedra de toque de vuestra propia Alma, precisamente como lo habéis aconsejado á B. El hecho de que os sentís «muerto», no es cosa que debe atormentaros. Es muy probable que estéis bajo la acción de una ley que prevalece en la Naturaleza, y á la cual se hace referencia en un artículo de la revista *The Path*, de Abril 1886, página 14. Consiste esta ley en que cuando el alma llega á un nuevo sitio, ó se ve rodeada de cosas nuevas, enmudece por algún tiempo—que es lo que vos llamáis estar «muerto» — y sacando fuerzas de allí, principia á acostumbrarse á la atmósfera de su nueva vida, después de lo cual comienza á moverse. Esto se ve en la vida ordinaria, en la timidez de los muchachos.

Esta timidez es la extrañeza que se experimenta en circunstancias nuevas que imponen cierta reserva, y esto es precisamente lo que sucede al alma, cuando llega á una nueva etapa, ó se ve rodeada de cosas nuevas. No por esto sufrirán detrimento alguno nuestros esfuerzos. Toda aspiración

más elevada ilumina el camino, poniendo en relación el yo superior con el inferior. No hay que dudarlo. Lo que importa no es *lo que* se hace, sino el espíritu con que hacemos hasta las cosas más insignificantes. Oid lo que dice el Maestro:

«El que hace lo mejor que sabe y puede hacer, hace bastante por nosotros.»

El solo hecho de que un hombre aprecie estas verdades y sienta estas aspiraciones, prueba que está en el verdadero camino. Bueno será andarlo ahora. No hemos de vivir eternamente. La muerte tiene que venir. Cuánto mejor, pues, no será recibir la muerte, cuando nos encontramos trabajando de este modo, que no extraviarnos, para ser luego presa de amarguras en vidas posteriores. El renacimiento es inmediato para aquellos que trabajan siempre con el corazón puesto en la obra de los Maestros, y que se hallan libres de todo interés propio.

El Espíritu uno está en todo; es propiedad de cada cual, y por tanto, siempre está aquí con nosotros; reflexionando sobre esto, poco lugar queda para el pesar ó la desilusión. Si creemos que el alma de todo debe medirse por la totalidad del Tiempo y no por una parte de él, no deben importarnos esos momentos que se relacionan sólo con nuestro cuerpo. Si vivimos en nuestros corazones, encontraremos pronto la prueba de que ni el espacio ni el tiempo existen. Nada que sea extraño al Maestro penetra allí; nuestras faltas no están allí. El corazón llega siempre hasta Él, y no hay duda de que Él contesta. Sé que lo hace. Nos ayuda á la par que nos deja abandonados á nosotros mismos. Él no necesita detenerse á considerar nuestra devoción, porque siendo ésta de superior calidad, alcanza á todas partes.

No digo ni he dicho que debéis obrar de otro modo que lo hacéis. Cada uno de nosotros hace lo que puede. Ninguno de nosotros puede ser juez de criatura alguna existente; por tanto, yo no os juzgo en modo alguno. Vuestra vida puede ser, dentro de la gran suma total, más grande que la mía ó la de cualquier otro. Es lo mismo para el caso que os halléis en América, en Europa ó en la India. El vivir en ésta ó en la otra parte, responde á las condiciones que se han buscado. Yo he llegado á comprender que los mismos Maestros han tenido que desarrollarse en mucho peores condiciones que en las que nosotros nos encontramos. Donde quiera que nos hallemos está el mismo espíritu que lo penetra todo y se hace accesible.

¿Qué necesidad hay, pues, de cambiar de sitio? No hemos de cambiar porque transportemos nuestro cuerpo á otro local. Lo único que haremos es ponerlo bajo distinta influencia. Para cambiar, debemos sentir disgusto

por el sitio que dejamos, y esto significa *la atracción de los opuestos*, lo cual produce detrimento, como todo lo que turba el equilibrio del alma. Ya sabéis que se produce el mismo resultado por dos opuestos exactos, y de este modo los extremos se tocan.

Esa llama ardiente de que habláis, es una de las experiencias, como lo son también los sonidos. Hay muchas, muchísimas cosas de éstas. A menudo son resultado de la tensión ó vibración extremada en el aura de un aspirante de devoción pura. Son él mismo, y debe estar en guardia para no tomarlas como maravillas. A menudo también son «apariciones de Brahm». Son como las luces y señales nuevas para el marino que navega junto á una costa por vez primera. Siguen, ó se alteran ó se detienen. No debéis hacer más que observarlas y tomar nota de ellas con cuidado; pero «no os mostréis maravillado ni hagáis componendas.»

No puedo decir más. Toda ayuda que prestéis á otra alma, es ayuda para vos mismo. Nuestro deber es ayudar á todos, y debemos principiar por los que tenemos más cerca; pues el salirnos de nuestra esfera de acción para tratar de socorrer á otras almas, es dar de lado á nuestro deber presente. Es preferible morir ceñido á nuestro propio deber, por más insignificante que parezca, que intentar el cumplimiento de otro. Así, pues, levantad vuestra cabeza y mirad las cortezas de vuestras supuestas faltas pasadas. Eran instrumentos y maestros. Desechad toda duda, todo temor, todo pesar, y tomad libremente de la verdad lo que á cada paso podáis buenamente retener. Así iréis bien. La Verdad eterna es una é indivisible, y podemos obtener de vez en cuando de los Padres (Pitris) vislumbres de la misma.

Las palabras son cosas. Así lo creo y así es en realidad. En el plano inferior de las relaciones sociales son cosas, pero cosas muertas, sin alma; pues el convencionalismo de donde nacen, las convierte en abortos. Pero cuando salimos de ese convencionalismo, adquieren vida en proporción de la fuerza de verdad que el pensamiento tenga, y de la pureza del mismo. Así, en las comunicaciones entre estudiantes de ocultismo, las palabras son cosas, y aquéllos deben tener cuidado de que esté bien entendido el asunto de que traten. Usemos con cuidado esos mensajeros vivientes llamados palabras.

Cuando crea que estáis equivocado, os lo diré, á fin de advertir á mi hermano temporalmente ignorante. Pues si no os diese un aviso, pudiérais ser conducido adonde en un principio quizás os sintiérais complacido, y más tarde pesaroso; y entonces, cuando vuestra equivocación se os hiciera

patente, me lanzaríais un suspiro de justa censura á través de lóbregos siglos de separación, por no haber cumplido con mi deber de preveniros.

Como siempre,

Z.

El nuevo plano á que el alma puede ir, del que habla esta carta, es el plano astral. Es el plano que sigue al material, y consiste en un orden sutil de materias. Cuando el estudiante dirige su atención á la vida superior, y desea intensamente encontrar el camino, empieza su alma á despertar y á hablar. Es que ha oído la voz del espíritu. Entonces comienzan á desarrollarse los sentidos internos, en un principio de un modo tan suave y blando, que apenas si percibe su comunicación. El alma ha dirigido entonces su atención al plano astral, que es el próximo que tiene que aprender en su camino hacia arriba, y transfiere su energía desde el plano material á éste, recibiendo la influencia de muchos ensueños confusos y de experiencias extrañas, tanto despierto como dormido. Esto puede ó no continuar; todo depende del alma del individuo y de su karma. Es un plano muy confuso, y generalmente hablando, puede decirse que es una fortuna para los aspirantes el poder alcanzar un señalado progreso en las cosas espirituales, sin pasar por ninguna experiencia consciente del plano astral. Pues entonces pueden aprenderlo más adelante, *desde arriba*, en lugar de desde abajo, con mucho menos peligro para ellos. Todo debe llegarse á conocer; pero podemos progresar de varios modos, aun por grados no continuados; sólo que entonces tenemos que retroceder más tarde á lo que dejamos á un lado. Semejante retorno no implica detrimento ó pérdida de grado, pues éstos no pueden perderse, una vez que verdaderamente se han adquirido.

Respecto de ser el plano astral de un orden más sutil de materia, es una verdad que á menudo niegan los clarividentes y los videntes poco prácticos. No distinguen los sentidos psíquicos de los espirituales. Pueden ver á través de la materia grosera, tal como una pared, un cuerpo humano, etc., como si fuera cristal; pero no pueden ver á través de la substancia astral, y de aquí que crean que sus formas y todos los cuadros y figuras de la luz astral, son reales. Sólo el Adepto ve á través de estas ilusiones, que son muchísimo más poderosas que las de nuestro plano, por estar compuestas de una materia de un orden más sutil; las energías y fuerzas sutiles tienen un grado de poder superior á las groseras. El Adepto dispone de las vibraciones y las desvanece ó las dispersa. Al hablar del plano

astral, me refiero al inferior, y no á aquel superior y purificado que el autor de *La Luz en el Sendero* llama el «astral divino».

Con la ansiedad ejercitamos el poder condensador del egoísmo que densifica y perturba nuestra esfera magnética, haciéndonos menos sensibles á los efluvios de lo alto.

Z.

EL SIGNIFICADO DEL DOLOR Y SU OBJETO

(CONFERENCIA DADA EN LA LOGIA BLAVASTKY)

(CONCLUSIÓN)

Dicho que merece considerarse y meditarse profundamente; pues si la dicha no se obtiene de este modo, entonces la gran mayoría de las gentes, especialmente en las naciones civilizadas, han equivocado la senda de la felicidad, y nunca la obtendrán por el camino que van. Si consideráis las exigencias de la vida moderna, veréis que consisten en pedir más de aquello mismo que hoy posee; esto es, en la multiplicación de los objetos de deseo, y de aquí el aumento continuo de anhelos que no pueden ser satisfechos. Os expresaré la idea en una forma algún tanto grosera que me citaron el otro día como ejemplo, del modo como, con estrechez de miras, esta idea de querer más y más de la misma cosa, se muestra cada vez en aumento. Os acordaréis de la historia del rústico á quien se le preguntó qué es lo que le podría hacer completamente feliz, y que contestó: «Sentarme á la puerta, columpiarme, y estar comiendo tocino todo el día». Entonces le preguntaron: «Supón que hubiera algo más que pudiera hacerte feliz, ¿qué pedirías? Y contestó: Pues columpiarme más y comer más tocino en una puerta». Bien que esta sea una manera grosera de expresarlo, es, sin embargo, la contestación esencial que da la mayoría de la gente. Concedo, desde luego, que sus deseos sean de naturaleza más delicada que estarse sentados á una puerta comiendo tocino; pero el principio de sus deseos es el mismo que el del rústico; á saber, que quieren más de lo mismo que ya tienen; pues no se han hecho cargo de que la felicidad no consiste en la satisfacción creciente de los deseos, si no en cambiar la afición por lo transitorio, en la aspiración á lo Eterno, en convertir por completo la naturaleza que aspira á los goces en la que procura la felicidad de los demás. Si esto es verdad, entonces haréis bien en consi-

derar la senda por donde marcháis; pues si seguís la de la satisfacción del deseo, entonces, por mucho que lo refinéis, os encontraréis andando un camino que es prácticamente un círculo sin fin, que os dejará siempre sin satisfaceros, y que jamás os proporcionará la dicha, que es la meta natural del espíritu del hombre.

Así, por la falta de satisfacción, que es el dolor, llega el Alma á comprender que éste no es el Camino, y se cansa, por tanto, del cambio. Todos los objetos externos del cuerpo y de la mente, pierden en fuerza atractiva; cansada del cambio que por todas partes encuentra en el mundo inferior, cesa de buscar lo externo y se vuelve hacia lo interno y lo elevado. Se ocupó primeramente de lo externo, de los sentidos, y fracasó; luego se recogió en la mente; pero la mente, relativamente al Espíritu, es externo y de nuevo fracasó, siempre vencida por el dolor y por la falta de satisfacción, que es el sufrimiento que más fatiga. Y entonces aprende al fin esta lección y se aparta de lo que es externo, volviéndose hacia lo interno, encontrando esta vez el principio de la paz, el primer contacto con la satisfacción verdadera esencial.

Ahora procede tratar de otro objeto del dolor, que es una lección más íntima; pues hemos llegado al punto en que el Alma se distingue á sí misma del cuerpo de deseo y hasta de la mente misma. Todavía, sin embargo, no se ha puesto fuera del alcance del dolor, porque aún no ha encontrado su Centro, sino que todavía lo busca; pues aun cuando sabe que no es el cuerpo, ni los sentidos, ni la mente, se encuentra aún accesible al dolor que viene de dentro por contactos que se traducen en sufrimientos. Y al ponerse en relación con los demás — con los pensamientos, los sentimientos y los juicios de otros — se encuentra constantemente herida por las suposiciones é interpretaciones maliciosas, por los pensamientos y sentimientos poco benévolos; y si el Alma ha llegado entonces á adquirir la Sabiduría, como es de suponer, si ha seguido el camino que he trazado, se preguntará: ¿por qué siento todavía el dolor? ¿Qué es lo que hay, no fuera, sino en mí, que me ocasiona el sufrimiento? Pues ha pasado más allá de la ignorancia que hace que las cosas externas aparezcan como causantes del dolor, y refiere á sí misma el elemento que lo origina, comprendiendo que nada la puede afectar sino ella misma, que en realidad es la responsable de todo. Si siente dolor, su causa debe estar en ella misma y no en los objetos externos; pues si el Alma fuera perfecta, nada exterior podría causarle dolor, y el sentirlo es una prueba de su imperfección, de que no se ha apartado por completo de la naturaleza

inferior, la cual no es ella misma. Y entonces principia á hacer uso del dolor en lugar de concretarse á sentirlo, lo que es muy distinto, pues no se halla ya á merced del sufrimiento, sino que lo usa como un instrumento para un fin propuesto. Cuando experimenta el dolor, causado verbi gracia, por una acción poco benévola ó por una mala interpretación de objetivo ó de conducta, el Alma lo coge, como un escultor pudiera hacerlo con un cincel, y con este instrumento de dolor trabaja su personalidad, porque sabe que si no fuera por esta personalidad, que es egoísta, no sentiría en modo alguno el dolor; y que usando este instrumento para deshacer su debilidad personal, permanecerá serena y tranquila en medio de los conflictos del mundo.

Así ha sucedido á todos aquellos que se han sobrepuesto á la personalidad, á esas Almas grandes y libres, á quienes llamamos Maestros, que trabajan siempre para el mundo, sin tener en cuenta el modo erróneo como éste los juzga. Uno de ellos ha dicho: «Las calumnias y las censuras de la humanidad, nos hacen tanto efecto como á los Himalayas el silbido de las serpientes que se deslizan por sus faldas.» En ellos no existe personalidad alguna que pueda sentirse herida por la malevolencia, ninguna que pueda sufrir por los juicios erróneos. Conceden la dicha, y el hombre que la recibe no sabe de donde viene, y en su ignorancia hace mofa y escarnio de los Maestros, ó bien los acusa, desconociendo lo que son, y considerándolos conforme á su modo de ser, como si fuera como éllos. ¿Se sienten heridos por esto? No; á la malevolencia contestan con la piedad; al insulto con el olvido; pues no existe en ellos nada que pueda ser herido por la malevolencia; sólo sienten compasión por aquel que está ciego y no puede ver; lástima por aquel hermano que con su mal pensamiento perjudica su propia Alma. No se injuria á la luna tirándole lodo, sino que el lodo cae sobre quien lo arrojó, manchándole el vestido; la luz de la luna permanece pura y sin mancha del lodo de la tierra.

De este modo, á medida que avanza hacia la luz, usa el Alma el dolor como un instrumento para destruir la personalidad y sus sutilezas, respecto de las cuales el Alma fuerte misma puede estar ciega; acoge al dolor como al más misericordioso de los mensajes, que le habla de su propia debilidad, de sus propias faltas y errores. Pues á medida que crece el conocimiento, se comprende mejor que el peor enemigo no es la falta externa que se reconoce, sino la ceguedad interna que no permite distinguir el sitio del peligro, y que hasta ignora que no ve. Cuando caeis y sabéis que caeis, el peligro es pequeño; sólo cuando caeis y lo ignoráis, es cuan-

do se alegran los enemigos del Alma. Si de la caída resulta dolor, bien venido sea éste, pues nos indica el peligro, y puede abrir nuestros ojos sobre el resbalón que hemos dado. En este sentido, como he dicho, el dolor no es ya una pena, sino que es bienvenido como un aviso y como un instrumento para que el Alma lo emplee; es el bisturí del cirujano que corta la parte dañada; así, pues, no se le debe recibir como á enemigo sino como á amigo.

Todavía tiene el dolor otro objeto: es asunto de elección para el Alma libre, para el Alma que quiere ser fuerte, no por sí misma, sino para ayudar al mundo; para el Alma que comprende que debe vivir para los demás, y sabe que sólo puede aprender á realizarlo siendo fuerte. Entonces elige el dolor, porque es el único medio de aprender á sufrir pacientemente; escoge el dolor, porque sólo así puede adquirir la paciencia. Aquellos que nunca sufren, tienen que permanecer siempre débiles; pues sólo en la vehemencia y en la agonía del combate, puede el Alma aprender á sufrir, si bien debe tenerse presente que el combate es, en sí mismo, una prueba de debilidad. Si fuéramos fuertes, no tendríamos necesidad de combatir; pero la fuerza, que no necesita luchar, sólo puede adquirirse en las angustias de la lucha misma; pues la fuerza se labrará así un puesto en el alma, y lo que antes era ansiedad y lucha, se convertirá en la tranquila serenidad de la fuerza perfecta.

La elección del dolor por el Alma, tiene también por objeto adquirir la compasión; pues aun el Alma fuerte sería inútil, si no ha aprendido á compadecer. Más aún: el Alma fuerte sería más bien peligrosa si hubiese llegado á ser fuerte sin ser compasiva, y hubiese adquirido fuerza sin haber aprendido á dirigirla debidamente. La fuerza que sólo es fuerza y no compasión, puede aplastar en lugar de levantar; y de todas las cosas, *ésta* sería la que hubiese de romper, por decirlo así, el corazón del Alma que quisiera elevarse. La fuerza que no vaya acompañada de ese sentimiento de simpatía, que es más penetrante que ninguna vista, por ser la intuición misma del Espíritu, puede emplearse en hacer daño y no en ayudar; puede perjudicar donde quiere beneficiar, y puede aplastar donde deseara levantar. Así, pues, mientras más fuerte es, con más vehemencia busca el Alma esta lección del dolor; de modo que sintiendo, pueda aprender á sentir, y que sus propios dolores le enseñen el modo de curar los dolores del mundo, pues no de otro modo se puede aprender. No podemos ser construídos de fuera á dentro, sino de dentro á fuera; y todos los dolores que sentimos á causa de nuestras imperfecciones, son, por decirlo así, las piedras con

que el templo del Espíritu perfecto se construye. Una vez concluído, ya no existe el dolor, pero tiene que haberlo durante su construcción; por lo tanto, el discípulo escoge el Sendero de los Sufrimientos, porque sólo en él puede aprender la compasión; y únicamente estremeciéndose al contacto del Universo externo, puede aquel que debe llegar á ser el corazón de este mismo Universo, responder con vibraciones simpáticas que pasen á traves de toda la vida manifestada, llevando consigo un mensaje de ayuda y de fuerza.

Estos son, pues, los objetos del dolor, aun cuando vosotros podréis encontrar muchos otros; y aunque sólo he expuesto unos cuantos ejemplos sencillos y evidentes, sin embargo, su demostración puede ser útil. Pero ¿es este el fin? ¿Es este el destino final del Alma? ¿Es el dolor alguna otra cosa que un istrumento? ¿Es el sufrimiento la atmósfera natural del Espíritu? Se equivocan los que creen que el dolor es el fin de las cosas; se equivocan los que creen que el sufrimiento y la tristeza son, en realidad, la atmósfera en que vive el Espíritu. El Espíritu es dicha, no sufrimiento; el Espíritu es alegría, no dolor; el Espíritu es paz, no lucha; la esencia de todas las cosas es amor, alegría, paz, y el sendero del dolor es el camino, no la meta: es sólo el medio, no el fin. Pues del océano de Bendición de donde surgió el Universo, emanan el amor, la paz y la alegría incesantes, que son la propiedad del Espíritu fuera de la manifestación. El dolor reside en las envolturas de que se reviste, y no en su naturaleza esencial.

¡No olvidéis nunca esto en la lucha de la vida! ¡No dejéis que el dolor cierre vuestros ojos á la dicha, ni permitáis que las penas pasajeras os hagan inconscientes de la felicidad, que es el núcleo y corazón del Sér! El dolor es pasajero, la dicha es eterna; pues la felicidad es la esencia interna de Brahman, el YO de todo. Por tanto, á medida que el Espíritu avanza, á medida que el Espíritu se hace más libre, la paz reemplaza á la lucha y la alegría al dolor. Mirad la faz más elevada; allí existe, en verdad, la señal del dolor, pero del dolor que ha terminado y que se ha convertido en fuerza, en simpatía, en compasión y en dicha profunda y sin fin. La última palabra del Universo, es la Felicidad; la última manifestación de la Humanidad, es el reposo, el reposo consciente en la bienaventuranza. Todos los mensajes del dolor, tienen por objeto que el Espíritu pueda alcanzar su libertad; el fin es la paz definitiva, y el aspecto manifestado de la paz es la felicidad.

ANNIE BESANT.

LA TEOSOFÍA NO ES ENEMIGA DEL CRISTIANISMO,

ES LA FUENTE DE TODAS LAS RELIGIONES

¿Cuál es la actitud de los teosofistas respecto de todas las religiones en general, y en especial de las Iglesias que se llaman Cristianas?

La siguiente carta de Mme. Blavatsky, en contestación á los ataques del clero protestante, es tan precisa sobre este punto y tan magistralmente escrita, que su publicación nos parece la mejor réplica á los cargos que se nos dirigen, presentándonos ante el público como enemigos del Cristianismo. Nuestros lectores apreciarán:

LA TEOSOFÍA Y LAS IGLESIAS

Carta al Arzobispo de Canterbury.

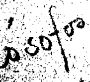
Sr. Primado de Inglaterra:

Por medio de esta carta abierta, dirigida á Vuestra Gracia, nos proponemos daros á vos, al clero, á sus ovejas y á los cristianos en general — que nos consideran como enemigos de Cristo — una breve idea de la posición que la Teosofía ocupa, con respecto al Cristianismo; pues creemos llegado el tiempo para hacerlo.

Sin duda sabe Vuestra Gracia que la Teosofía no es una religión, sino sólo una filosofía, á la par religiosa y científica; y que lo más importante que la Sociedad Teosófica se propone, es hacer revivir en cada una de las religiones el espíritu que la anima, fomentando y auxiliando la investigación del verdadero significado de sus doctrinas y preceptos. Saben los ~~teosofistas~~ teósofos que cuanto más profundamente se penetra en el significado de los dogmas y ceremonias de todas las religiones, mayor crece su aparente y fundamental semejanza, hasta que al fin se obtiene la percepción de su fundamental unidad. Esta base común no es otra que la Teosofía — la Doctrina Secreta de todos los tiempos, la cual, diluída y disfrazada para amoldarse á la capacidad de la multitud y á las exigencias de las diversas épocas, ha constituído el núcleo viviente de todas las religiones. — Las ramificaciones de la Sociedad Teosófica están constituídas

respectivamente por buddhistas, indios, mahometanos, parsis, cristianos y librepensadores, los cuales, unidos como hermanos, trabajan en el terreno común de la Teosofía; y precisamente por no ser la Teosofía una religión, y no poder constituir para la multitud una religión, el éxito de la Sociedad ha sido tan grande, no sólo en lo que se refiere al número de miembros y extensión de su influencia, sino también en lo relativo á la realización de la empresa comenzada: la reanimación de la espiritualidad religiosa, y el cultivo del sentimiento de FRATERNIDAD entre los hombres.

Nosotros los teósofistas creemos que una religión es un incidente natural en la vida del hombre en su presente estado de desenvolvimiento; y que aunque en raras ocasiones pueden existir individuos que nazcan sin sentimiento religioso, toda comunidad debe tener una religión, ó lo que es lo mismo, un *lazo de unión,* so pena de decadencia social y material aniquilamiento. Creemos que ninguna doctrina religiosa puede ser más que una tentativa encaminada á representar á nuestra limitada comprensión actual, con los términos de nuestras experiencias terrestres, grandes verdades cósmicas y espirituales, las cuales, en nuestro estado normal de conciencia, más bien *sentimos* de un modo vago, que las percibimos y comprendemos realmente; y una revelación, si ha de revelar algo, debe necesariamente adaptarse á las exigencias mundanas de la inteligencia humana. Según nosotros, por tanto, ninguna religión puede ser verdadera en absoluto, ni puede ser en absoluto falsa. Una religión es verdadera proporcionalmente á la manera con que satisface las necesidades espirituales, morales é intelectuales de su época, y coadyuva al desarrollo de la humanidad en tales sentidos. Es falsa en proporción á lo que detiene aquel desarrollo, y ofende á la naturaleza espiritual, moral é intelectual del hombre. Las ideas transcendentalmente espirituales de los poderes que rigen al Universo, sostenidas por un sabio oriental, serían una religión tan falsa para el salvaje africano, como el miserable fetiquismo de este último lo sería para el sabio; si bien ambas opiniones deben necesariamente ser ciertas en sus grados respectivos, puesto que las dos representan las ideas más elevadas sobre los mismos hechos cósmico-espirituales que respectivamente ambos individuos pueden concebir; hechos que, por otra parte, jamás podrán ser conocidos en su completa realidad por el hombre, mientras no sea más que un hombre.



Los teósofistas respetan, por tanto, todas las religiones, y la moral religiosa de Jesús les inspira una profunda admiración. No podía ser de

otra manera, desde el momento en que esas enseñanzas que hasta nosotros han llegado, son las de la Teosofía. Hasta el punto, pues, en que el moderno Cristianismo mantiene bien sus pretensiones en cuanto á ser la religión *práctica* enseñada por Jesús, los teosofistas están con él en cuerpo y alma. En el punto en que es contrario á aquella moral pura y sencilla, los teosofistas son sus adversarios. Cualquier cristiano puede, si quiere, comparar el sermón de la Montaña con los dogmas de su Iglesia; y el espíritu que él mismo respira, con los principios que animan á la actual civilización cristiana y que gobiernan su propia vida, y entonces podrá juzgar por sí mismo hasta qué punto la religión de Jesús entra en su Cristianismo, y hasta qué punto, por tanto, él y los teosofistas coinciden. Pero los cristianos que de tales se precian, y especialmente el clero, repugnan hacer esta comparación. A modo de comerciantes que temen encontrarse en bancarrota, tienen el temor de descubrir en sus cuentas una discrepancia que no puedan corregir con el asiento de partidas efectivas para satisfacer responsabilidades espirituales. La comparación entre las enseñanzas de Jesús y las doctrinas de las iglesias, como quiera que sea, ha sido hecha con frecuencia — y repetidas veces con gran sabiduría y sagacidad crítica — tanto por aquellos que quisieran suprimir el Cristianismo, como por los que pretenden reformarlo; y el resultado total de estas comparaciones, como debe Vuestra Gracia saber perfectamente, viene á probar que, casi en todos sus puntos, las doctrinas de las iglesias y las prácticas de los cristianos, están en *directa oposición con las enseñanzas de Jesús.*

Acostumbramos decir al buddhista, al mahometano, al indio ó al parsi: «El camino hacia la Teosofía existe para vosotros por medio de vuestra propia religión.» Y decimos esto, porque las creencias de aquéllos poseen una profunda significación filosófica y esotérica, que explica las alegorías bajo las cuales son presentadas al pueblo; pero no podemos decir lo mismo á los cristianos. Los sucesores de los Apóstoles no han tomado acta jamás de la *doctrina secreta* de Jesús — los «misterios del reino de los cielos» — los cuales sólo era dado á ellos (sus Apóstoles) conocer (1). Aquellos misterios han sido descartados, desvanecidos, deshechos. Lo que la corriente del tiempo ha arrastrado hasta nosotros, ha sido las máximas, parábolas, alegorías y fábulas que Jesús destinaba á los espiritualmente sordos y ciegos; y para ser últimamente reveladas al mundo,

(1) Marcos IV, II. Mateo XIII, II. Lucas VIII, X.

las cuales el moderno Cristianismo, ó bien toma literalmente, ó las interpreta de conformidad con las fantasías de los Padres de la Iglesia secular. En ambos casos son como flores cortadas: encuéntranse separadas de la planta en que crecían, y de la raíz de donde aquella planta recibía la vida. Así, pues, si nosotros alentásemos á los cristianos, como hacemos con los fieles de otras creencias, á estudiar por sí mismos su propia religión, no sería la consecuencia el conocimiento de la significación de sus misterios, sino ya la vuelta á la superstición é intolerancia de la Edad Media, acompañada de una formidable irrupción de oraciones puramente vocales, como ha sucedido en la formación de las 239 sectas protestantes de Inglaterra solamente, ó ya un gran aumento de escepticismo, porque los fundamentos esotéricos del Cristianismo, no son conocidos de aquellos que lo profesan. Pues vos, mi Señor Primado de Inglaterra, debéis estar tristemente convencido de que no conocéis más, acerca de aquellos «misterios del reino de los Cielos», que Jesús enseñaba á sus discípulos, que lo que sabe el más humilde y el más ignorante de los miembros de vuestra iglesia.

Por tanto, se comprende fácilmente que los teosofistas nada tengan que decir en contra del sistema de la Iglesia Católica Romana de prohibir, ó del de las iglesias protestantes de desautorizar las investigaciones privadas sobre la significación de los dogmas «Cristianos», lo cual corresponde al estudio esotérico de otras religiones. Con sus ideas y conocimientos actuales, los cristianos que de tales se precian, no se encuentran preparados á emprender un exámen crítico de su fe con esperanza de buenos resultados. El efecto inevitable sería la paralización más bien que el estímulo de sus sentimientos religiosos adormecidos, puesto que la exégesis bíblica y la mitología comparada, han demostrado de modo concluyente, por lo menos á aquellos que no tienen interés alguno preconcebido, espiritual ó temporal, en el mantenimiento de la ortodoxia, que la religión cristiana, tal como en la actualidad existe, se compone de cortezas del judaísmo, de recortes del paganismo y de los mal digeridos residuos del gnosticismo y del neoplatonismo. Este curioso conglomerado que por sí mismo ha ido formándose gradualmente en torno de las sentencias (λογία) de Jesús, consignadas en los Evangelios, ha comenzado ahora, después del transcurso de siglos, á desintegrarse y á desmoronarse en torno de las puras piedras preciosas de la Teosofía verdadera, á las que por tanto tiempo había agobiado y ocultado, aunque sin poder desfigurarlas ni destruirlas. Pero la Teosofía nó solamente librará á aquellas piedras

preciosas del destino que amenaza á los escombros, entre los cuales, durante un largo período se hallaran confundidas, sino que, además, salvará á estos mismos escombros de la completa condenación; pues demuestra que el resultado de la crítica bíblica está muy lejos de ser el último análisis del Cristianismo, desde el momento en que cada una de las piezas que componen el curioso mosaico de las iglesias, perteneció en un tiempo á una religión que poseía un significado esotérico. Unicamente, cuando estas piezas se restituyan á los lugares que originalmente ocupaban, podrá ser percibida su significación oculta, y comprendido por tanto el verdadero significado de los dogmas del Cristianismo. El hacer todo esto, como quiera que sea, requiere un conocimiento de la Doctrina Secreta tal como existe en los fundamentos esotéricos de las demás religiones; y la razón de no hallarse este conocimiento en manos del clero, es que la Iglesia escondió la clave desde sus primeros tiempos, y desde entonces quedó perdida para sus secuaces.

Vuestra Gracia comprenderá ahora por qué la Sociedad Teosófica ha adoptado como uno de sus tres «objetos» el estudio de aquellas religiones y filosofías orientales, que tanta luz arrojan sobre la significación interna del Cristianismo, y esperamos percibirá Vuestra Gracia también que no nos conducimos como enemigos, sino como amigos de la religión enseñada por Jesús, el verdadero Cristianismo, en una palabra. Pues únicamente por medio del estudio de aquellas religiones y filosofías, pueden los cristianos llegar á la comprensión de sus propias creencias, á ver la significación oculta de las parábolas y alegorías que el Nazareno recitaba á los espiritualmente lisiados de Judea, las cuales, tomadas ya al pie de la letra, ya de modo fantástico por las iglesias, han caído por culpa de éstas en el ridículo y en el desprecio, y han puesto al Cristianismo en serio peligro de completa ruina, minado, como se encuentra, por la crítica histórica y por las investigaciones mitológicas, además de estar quebrantado por el poderoso martillo de la moderna ciencia.

¿Deberán, pues, los cristianos considerar á los teosofistas como enemigos suyos, porque creen que el Cristianismo ortodoxo es un todo opuesto á la religión de Jesús, y porque tienen el valor de decir á las iglesias que son traidoras al MAESTRO á quien se vanaglorian en reverenciar y servir? Muy lejos de esto, á la verdad. Los teosofistas saben que el mismo espíritu que animó las palabras de Jesús, yace latente en los corazones cristianos, como existe naturalmente en los corazones de todos los hombres. El principio fundamental de sus doctrinas es la Fraternidad del

Hombre, cuya realización final es solamente posible por medio de aquello que mucho tiempo antes de Jesús se conocía como el «Cristo-espíritu». Este espíritu existe en potencia en el corazón de todos los hombres, y se desarrollará obrando de un modo activo, cuando caigan las barreras de odio y de hostilidad levantadas por príncipes y sacerdotes, y queden libres los seres humanos para comprenderse, apreciarse y simpatizar mutuamente. Sabemos nosotros que los cristianos en sus vidas se elevan con frecuencia por encima del nivel de su Cristianismo. Todas las iglesias cuentan en su seno muchos hombres y mujeres nobles, dotados del espíritu de sacrificio, virtuosos y fervientes para hacer bien á su generación, en proporción de sus luces y medios, y llenos de aspiraciones por cosas más elevadas que las de la tierra, secuaces de Jesús, en una palabra, á despecho de su Cristianismo. Por todos ellos sienten los teosofistas la más profunda simpatía; porque únicamente un teosofista ó una persona de la delicada sensibilidad y grandes conocimientos teológicos de Vuestra Gracia, puede apreciar con justicia las tremendas dificultades con que tiene que luchar la tierna planta de la piedad natural, cuando violenta su raíz en el ingrato suelo de nuestra cristiana civilización, y trata de florecer en la fría y árida atmósfera de la teología. ¡Cuán duro, por ejemplo, debe ser «amar» á un Dios tal como el descrito en un párrafo muy conocido de Herbert Spencer!

«La crueldad de un Dios Figiano, que al devorar las almas de los muertos, puede suponerse les causa torturas sólo mientras dura el banquete, es pequeña comparada con la crueldad de un Dios que condena á los hombres á torturas eternas... El descenso sobre los descendientes de Adán á través de centenares de generaciones, de castigos terribles, por una pequeña transgresión no cometida por ellos; la condenación de todos los hombres que no se han aprovechado de un pretendido modo de obtener el perdón, acerca del cual la mayor parte de ellos no han oído hablar siquiera, y el hecho de efectuar la reconciliación, sacrificando á un hijo que era perfectamente inocente, para satisfacer la supuesta necesidad de una víctima propiciatoria, son procedimientos que, atribuídos á un legislador humano, inspirarían sólo expresiones de aborrecimiento».

(*Religión:* a Retrospect and a Prospect).

Vuestra Gracia dirá, sin duda alguna, que Jesús jamás enseñó el culto de un dios tal como éste. Lo mismo decimos nosotros los teosofistas. Y sin embargo, este es el dios cuyo culto es oficialmente dirigido en la catedral de Canterbury, por vos, Señor Primado de Inglaterra; y Vuestra Gracia seguramente convendrá con nosotros en que debe haber ciertamente

una chispa divina de intuición religiosa en los corazones de los hombres que les permita resistir, tan bien como lo hacen, á la mortal acción de una teología tan ponzoñosa.

Si Vuestra Gracia, desde su elevado solio, lanza una mirada alrededor suyo, contemplará una civilización cristiana, en la cual una lucha frenética y despiadada de hombre contra hombre es, no sólo el rasgo distintivo, sino que además domina como principio reconocido. Es hoy día un axioma científico y económico por todos aceptado, que todo progreso se obtiene por medio de la lucha por la existencia y merced á la supervivencia del más adecuado; y los más adecuados para sobrevivir en esta civilización cristiana, no son por cierto los que poseen las cualidades que la moralidad de todas las épocas ha reconocido como las más excelentes — no el generoso, el piadoso, el de noble corazón, el que perdona, el humilde, el veraz, el honrado y el bondadoso — sino los fuertes en egoísmo, en astucia, en hipocresía, en fuerza brutal, en falsas pretensiones, en crueldad, en avaricia: los que no conocen el remordimiento. El espiritual y el altruístico son «los débiles», á quienes las «leyes» que gobiernan al mundo dan por alimento al egoísta y al material «al fuerte». Que la «fuerza es derecho», es la única conclusión legítima, la última palabra de la ética del siglo XIX; porque el mundo se ha convertido en un enorme campo de batalla, al cual, los más adecuados, descienden á manera de buitres para vaciar los ojos y despedazar los corazones de aquellos que en el combate han sucumbido. ¿Pone fin la religión á la batalla? ¿Ahuyentan las iglesias á los buitres, ó consuelan al herido y al moribundo? En general, la religión hoy día no pesa en el *mundo* lo que una pluma, cuando ventajas mundanas y placeres egoístas se colocan en el otro platillo de la balanza; y las iglesias son impotentes para hacer revivir el sentimiento religioso entre los hombres, porque sus ideas, sus conocimientos, su sistema y sus argumentos son los de las Edades Negras. Mi Señor Primado, Vuestra Gracia está quinientos años atrasado con respecto á los tiempos.

Mientras los hombres discutieron acerca de si éste ó aquel dios era el verdadero, ó sobre si el alma iba á éste ó al otro lugar después de la muerte, el clero comprendía la cuestión y poseía argumentos á mano — el silogismo ó el tormento, según el caso; — pero ahora, después de todo, lo que se pone en tela de juicio ó se niega, es la existencia de Dios ó de cualquier especie de espíritu inmortal. La ciencia inventa nuevas teorías acerca del Universo, en las cuales se omite con desprecio la existencia de dios alguno: sientan los moralistas sus teorías éticas ó relativas á la vida

social, y en ellas no se presupone la existencia de ninguna vida futura; en física, en psicología, en derecho, en medicina, lo único que á cualquier profesor le da títulos para ser escuchado, es que no figure entre sus enseñanzas ninguna referencia, sea la que fuese, con relación á la Providencia ó al alma. El mundo es conducido rápidamente á la convicción de que Dios es una concepción mítica que carece de fundamento en el terreno de los hechos, que carece de lugar alguno en la Naturaleza; y que la parte inmortal del hombre es un sueño frívolo de ignorantes salvajes, perpetuado por los embustes y fraudes de los sacerdotes, los cuales obtienen una gran cosecha cultivando los terrores de los hombres, con la idea de que su mitológico Dios atormentará á sus imaginarias almas por toda una eternidad en un fabuloso infierno. En presencia de todas estas cosas, el clero permanece hoy mudo é impotente. La única contestación que conocía la Iglesia para responder á «objeciones» como éstas, era *el potro y la hoguera;* mas ya no puede *en la actualidad* hacer uso de tal sistema de lógica.

H. P. BLAVATSKY

(Se continuará).

CRONOLOGÍA

(*Continuación de la pág. 23*).

El *Kalpa* es la unidad que, á mi juicio, corresponde estudiar después del *Yuga;* pues ya se ha visto que el *Kalpa* es un período que comprende varios *Yugas,* generalmente cuatro, y que se le suele atribuir el valor del *Mahayuga* (12,000 años *deva*); sin embargo, parece más bien indicar un ciclo ó período de tiempo en su acepción genérica.

Un *Kalpa* representa también un «día» y una «noche» de Brahmâ, ó sea 4,320.000,000 años.

Hay varias clases de *Kalpas;* los principales son: el *Brahmakalpa* = 1 día de Brahmâ = 14 *Manvantaras* = 1,000 *Mahayugas* = 4,320.000,000 años.

Mahakalpa=100 años de Brahmâ=1 siglo de Brahmâ=311,040.000,000,000 años mortales.

El *Mahakalpa* se divide en dos porciones iguales, llamándose la primera *para*, y la segunda *apara*.

El *Kalpa* actual es el *Varada*, y el anterior á éste fué el *Padma* ó Lotus. Respecto al *Mahakalpa*, y según el catecismo Visishtadwaita, el año 1888 pertenecía al *apara*, y era el año 155,570.000.000,000 + 51 del *Mahakalpa* actual. Según la misma obra ahora citada, nos hallamos en el *Mahayuga* 28, y el año 1888 era el 4988 del *Kali-Yuga*.

Los términos *para* y *apara* que sirven para expresar medio *Mahakalpa* ó 50 años de Brahmâ, aparecen escritos en la literatura teosófica en esta forma: *Parahda* y *Aparahda*.

El *Padma Kalpa*, según H. P. B., es igual á un año de Brahmâ.

Hay otro *Kalpa* que es el *Bhadrakalpa*, y cuyo valor es igual á 236.000,000 años. También se llama un *Kalpa* menor á un *Sanwarta*, ó sea un período de creación, después del cual ocurre una aniquilación parcial del mundo.

La condición más importante que se tiene en cuenta en el Ocultismo para fijar la duración de ciertos períodos, es la actividad ó reposo en que se encuentran en ciertos ciclos diversas y determinadas fuerzas naturales. Según estos intervalos de actividad, energía, manifestación, creación, etcétera; ó reposo, sueño, pasividad, aniquilación, destrucción, etc., afectan á uno ú otro plano; ó según la duración de este período, ó su totalidad ó parcialidad, así se denominan.

Ya expuse que el año se dividía en dos porciones iguales: la una se considera como la fase de actividad, la otra como la de reposo, de igual manera que el día se divide en dos porciones, las cuales se completan y son tan precisas la una como la otra: el día y la noche; el primero es el período en que la fuerza humana se desarrolla, la vigilia; y la última aquel en que los esfuerzos producidos durante el primero, se neutralizan y equilibran, el reposo. Así, cuando se trata de expresar grandes períodos de actividad ó reposo, se dice un «día» ó una «noche» de Brahmâ ó de Parabrahma, según su importancia; un *Manvantara* ó un *Pralaya*, y también si se quiere referir un ciclo mayor que estos dos últimos, se les antepone la palabra *Maha*, que en sanskrito significa «grande», así: *Maha Pralaya*, *Maha Manvantara*.

No obstante, en el orden cronológico se fijan valores á estos ciclos.

El día de Brahmâ consta de 2,160.000,000 años, y también de 4,320.000,000, y la noche de Brahmâ tiene igual duración; de modo que lo

que pudiera llamarse 24 horas de Brahmâ, son 8,640.000,000 años. Se diría un año de Brahmâ á la reunión de 360 de estos días.

Un siglo de Brahmâ, está formado por el producto de 8.640,000 × 360 × 100, ó sean 311.040,000.000,000 años; pero también suele asignársele este otro valor, 2.160,000.000,000 años.

Considerando el día de Brahmâ como el período de actividad en contraposición con la noche de Brahmâ, que es un período de reposo, el primero es un *Manvantara* y el último un *Pralaya.*

Lo mismo ocurrirá si tenemos en cuenta las épocas de florecimiento y prosperidad de un pueblo, un individuo, un planeta, una raza, etc., en oposición con las épocas de su decadencia, debilidad, obscurecimiento, etcétera. Las primeras se llamarán *Manvantaras,* y estos últimos serán *Pralayas.* ¿Qué duración fijaremos? Aquellas que estén en relación con el ciclo á que hagamos referencia. Así ocurre que un día de Brahmâ, según los indios, comprende el ciclo de vida de una cadena planetaria; es decir, que abraza un período de siete rondas (1). Este será un *Manvantara* planetario, terminado el cual, seguirá un *Pralaya* de igual clase y duración (4,320.000,000 años).

Por esto mismo son muy variados los valores que suelen recibir los *Manvantaras* y *Pralayas;* algunos de éstos son como sigue:

Mavantara menor. Según Sreenevas Row, 306.720,000 años; según el Calendario Tamil, 308.448,000; según algunos Brahmânes 4,320.000,000 é iguales duraciones para los *Pralayas* correspondientes.

Mahamanvantara ó *Manvantara mayor* = 311.040,000.000,000 ó 4,320.000,000 años, y los mismos para el *Mahapralaya.* El *Mahamanvantara,* según Sreenevas Row consta de 4,294.080,000 + 25.920,000 = 4,320.000,000. El Calendario Tamil, da igual total, pero lo descompone en la forma siguiente:

14 *Manvantaras* + 1 *Satya Yuga* de 1.728,000 años = 4,320.000,000 = 1 *Mahamanvantara.*

Otra equivalencia es esta:

1 *Mahamanvantara* = 4,320.000,000 = 7 *Manvantaras menores.*

También se llama por algunos teosofistas día nebular á un *Mahakalpa* ó siglo de Brahmâ (311.040,000.000,000 años); y se dice que un *Manvantara* está formado por 71 *Mahayugas.*

(1) *Ronda* es la evolución de la oleada humana en un planeta.

Los *Pralayas* y los *Manvantaras* son cuatro, según se citan en las obras teosóficas.

El *Naimittika Pralaya* tiene lugar una vez al final de cada *Brahmakalpa*, y en él pasan tres *Lokas* (sistemas planetarios) de su condición presente al estado elemental; es decir, que todo lo que contienen se encuentra reducido á sus elementos primitivos.

El *Prateritika Pralaya* es el que transforma todo el Universo de su estado actual al estado latente; éste tiene lugar una vez cuando termina una vida de *Brahma* ó *Mahakalpa*.

El *Atyantika Pralaya* es el tiempo en que se rompe la conexión que existe entre *Jiva* y la materia, lo cual tiene lugar cuando *Jiva* llega á *Moksha*. Este es llamado también *Pralaya absoluto*.

El *Nitya Pralaya* se refiere á ese momento en que los cuerpos perecen ó cambian de forma, como sucede con el cuerpo del hombre.

Los *Manvantaras* correspondientes, como el *Nitya Sarga*, se refieren á los casos opuestos á los que dejo descriptos.

Manu es el nombre con que se designa á los seres que preceden y anteceden á una humanidad. De aquí proviene la palabra *Manu-antara* (*Manvantara* entre *manus*). Los principales *Manus* son siete; pero se convierten en catorce en los *Puranas*. El reino de un *Manu* es igual á 308.448,000 años. También se le atribuyen los valores siguientes:

$$1 \text{ } Manu = \frac{1 \text{ día de Brahmâ} - \text{los } Sandhis}{994} = \frac{4{,}320.000{,}000 - 25.920{,}000}{994}$$

$$= \frac{4{,}294.080{,}000}{994} = 4.320{,}000 \text{ años, ó sea } {}^{1}/_{1000} \text{ de un día de Brahmâ} = \text{un}$$

Mahayuga (Chaturyugi).

Otro valor:

1 *Manu* = 71 *Mahayugas* = 71 × 4.320,000 = 306.720,000 años.

Por tanto,

14 *Manus*, ó sean 4,294.080,000 + 25.920,000 (los *Sandhis*) = 4,320.000,000 ó sea un día de Brahmâ.

Estos *Sandhis* equivalen á 6 *Mahayugas*, es decir, 6 × 4.320,000.

En una vida Planetaria aparecen 14 *Manus*, uno al principio llamado *Manu-raiz*, y otro al final conocido por *Manu-semilla*. El que empezó nuestro ciclo planetario, ó sea el correspondiente al cuarto período de activi-

dad de nuestra tierra, el de la primera raza de la humanidad actual, era el séptimo. Cada uno de estos *Manus* produce á su vez otros siete.

Otra unidad que se emplea en la literatura teosófica, es el *crore*; cada *crore* vale 30.000,000 años. Esta es una edad oculta.

De *Le Lotus Bleu* de Enero 1894, tomo las siguientes fórmulas: para deducir los valores del *Manvantara* (M); del Ciclo Solar (C); del *Kali-Yuga* (K); de la Precisión de los equinocios (P); del Ciclo de Naros (N), y del de Saros (S), por creerlas de gran utilidad para el que quiera ampliar este género de estudios.

$$C = 6\ K = 600\ S = 3{,}600\ N.$$

$$K = \frac{C}{6} = 100\ S = 600\ N.$$

$$K = \frac{6000\ P}{360 - 1}$$

$$C = \frac{36000\ P}{360 - 1} = 100\ (P + 72).$$

$$P = \frac{K\ (360 - 1)}{6000} = \frac{N\ (360 - 1)}{10}$$

$$P = \frac{C\ (360 - 1)}{36000} = \frac{C}{100} - 72 = 6\ S - 72$$

$$M\ (a) = 12000\ P - 4\ K = 720\ K - C = C\ (120 - 1).$$

$$M\ (b) = 12000\ P - 8\ K = 120\ C - 10\ K = 710\ K).$$

Estos Manvantaras tienen los siguientes valores:

M (a) = 308.448,000; M (b) = 306.720,000.

El valor de P para estas fórmulas, ó sea la precisión de los equinocios, es 25,848 años; sin embargo, esta cifra difiere según los pueblos y los autores; de modo que la gran edad de los griegos, egipcios, caldeos é hindos, es de 25,868 años; Tycho Brahé fija para este ciclo 25,816, Cossini 24,800, Ricciolus 25,920, Lockyer 24,450, etc. El ciclo solar (C) está representado en el cálculo anterior por las cifras 2.592,000.

Antes de terminar, expondré algunos datos que he podido recoger, y creo serán útiles á *O. O. O.*

La duración total del día planetario es igual á 1,234.000,000 de años. Este es el tiempo que emplea un planeta en desarrollar uno de sus principios. La tierra desarrolla actualmente su cuarto principio, *Kama*.

Según el calendario de los Brahmanes:

Desde el principio de la evolución cósmica (1) hasta el año Hindu *Tarana*, ó sea 1887, han transcurrido, años......	1,955.884,687
Los reinos (astral) mineral, vegetal y animal, hasta el hombre, necesitan para desarrollarse, años............	300.000,000
El tiempo transcurrido desde la primera aparición de la Humanidad (en la cadena planetaria), años............	1,664.500,987
El tiempo transcurrido desde el *Manvantara Vaivasvata* ó el período *humano*, hasta el año 1887, es exactamente de, años..	18.618,728

M. TREVIÑO Y VILLA.

(1) La doctrina esotérica dice que esta «evolución cósmica» sólo se refiere á nuestro sistema solar, mientras que el Hinduísmo exotérico hace que las cifras se refieran, si no nos equivocamos, á todo el sistema Universal (de *La Secret Doctrine*, vol. II, pág. 68.)



EL CAMPO LUMINOSO

(CONCLUSIÓN)

Sin perder tiempo en frívola charla, el dervish sacó un pedazo de tiza y trazó alrededor de la muchacha un círculo de unos seis pies de diámetro. Sacó de detrás de la puerta doce lámparas pequeñas de cobre, que llenó de un líquido algo obscuro que había en una botella que sacó del pecho, y las colocó simétricamente alrededor del círculo mágico. Entonces arrancó una astilla de madera de un entrepaño de la puerta desvencijada, la cual presentaba señales de otras depredaciones semejantes, y cogiendo la astilla entre el pulgar y el índice, empezó á soplarla á intervalos acompasados, alternando los soplos con murmullos que parecían tender al encantamiento, hasta que, de pronto, y sin ninguna causa aparente para su ignición, apareció una chispa sobre la astilla, y ardió como una pajuela seca. Entonces, el dervish encendió las doce lámparas con esta llama creada por sí misma.

Durante este tiempo, Tatmos, que hasta entonces había permanecido

indiferente y sin movimiento alguno, se quitó las babuchas amarillas de sus desnudos pies, y las arrojó á un rincón, descubriendo como una belleza adicional un sexto dedo en cada pie deforme. En seguida el dervish entró en el círculo, y cogiendo á la enana por los tobillos, la dió una sacudida como si hubiese levantado un saco de trigo; y luego, levantándola del suelo y dando un paso atrás, la dejó con la cabeza hacia abajo. La sacudió como se hace con un saco para acomodar el contenido, siendo el movimiento regular y fácil. Luego la balanceó de un lado á otro como un péndulo, hasta que logró el ímpetu necesario, y dejando ir un pie y cogiendo el otro con ambas manos, hizo un esfuerzo muscular poderoso y la hizo girar en el aire como un *club* indio.

Mi compañera, alarmada, se había refugiado en el rincón más lejano. Vuelta tras vuelta, el dervish hacía girar su carga viviente, permaneciendo ella perfectamente pasiva. El movimiento aumentó en rapidez, hasta que la vista difícilmente podía seguir al cuerpo en su circuito. Esto duró quizás dos ó tres minutos, hasta que, disminuyendo gradualmente el movimiento, al fin lo paró por completo, y en un momento dejó caer á la muchacha de rodillas en medio del círculo iluminado. Esta era la manera oriental de mesmerización practicada por los dervishes.

Entonces la enana apareció completamente olvidada de todos los asuntos externos y en un letargo profundo. Con la cabeza y barba apoyadas en el pecho, con los ojos vidriados é inmóviles, todo lo cual la daba un aspecto más terrible que antes. Entonces el dervish cerró cuidadosamente las maderas de la única ventana, y hubiéramos quedado en completa obscuridad, á no ser por un agujero qne había en ella, á través del cual entraba un rayo de sol que iluminó el cuarto, y que brillaba sobre la muchacha.

Colocó su cabeza de modo que el rayo cayese sobre la corona, y haciéndonos señas para que guardásemos silencio, cruzó los brazos sobre el pecho, y fijando su mirada en el punto brillante, quedó tan inmóvil como una estatua de piedra. Yo también dirigí mi vista al mismo punto, preguntándome qué sucedería luego, cómo esta extraña ceremonia podía ayudarme á encontrar á Ralph.

El punto brillante, como si hubiera atraído del rayo solar un esplendor más grande del exterior, y le hubiese condensado dentro de su propia área, se fué convirtiendo gradualmente en una estrella brillante, que lanzaba sus rayos en todas direcciones como un foco.

Entonces ocurrió un curioso efecto óptico: el cuarto que antes había

estado parcialmente iluminado por el rayo solar, se fué obscureciendo más y más conforme aumentaba en brillantez la estrella, hasta que nos hallamos en una obscuridad egipcia. La estrella centelleaba, temblaba y giraba, al principio con un movimiento lento circulatorio, y luego cada vez con más rapidez, aumentando en cada rotación su circunferencia, hasta formar un disco brillante, á tal punto, que dejamos de ver á la enana, que parecía absorbida en su luz. Habiendo alcanzado gradualmente una rápida velocidad extrema, según había sucedido con la muchacha movida por el dervish, el movimiento empezó á disminuir, y por último, quedó en una débil vibración, semejante al serpenteo de los rayos de la luna en los remolinos del agua. Entonces centelleó un momento, emitió los últimos relámpagos, y asumiendo la densidad y el resplandor de un inmenso ópalo, quedó inmóvil. Entonces el disco emitía su luz con la brillantez de la luna, suave y plateada; pero en vez de iluminar el desván, parecía únicamente hacer más intensa la obscuridad. El límite del círculo no tenía penumbra, sino por el contrario, aparecía rigurosamente definido como el de un campo de plata.

Estando ya todo dispuesto, el dervish, sin pronunciar palabra ni separar la vista del disco, alargó una mano, y cogiendo la mía, me puso á su lado y me señaló el campo luminoso. Al mirar al sitio indicado, vimos aparecer grandes manchas parecidas á las de la luna. Estas gradualmente se convirtieron en figuras que empezaron á tomar relieve, con sus colores naturales. No aparecían como fotografías ni como grabados; aún menos como la reflexión de un espejo, sino como si el disco fuera un camafeo y hubiesen aparecido en su superficie, y luego fuesen dotadas de movimiento y de vida. Con asombro de mi parte, y con la consternación de mi amiga, reconocimos el puente principal, desde Galata á Stamboul, que atravesaba el Golden Horn, desde la nueva á la antigua ciudad. Allí estaba la gente corriendo de un lado para otro; los barcos y alegres caíques deslizándose en el azulado Bósforo, muchos edificios encarnados, quintas y palacios reflejándose en el agua, y todo este cuadro iluminado por el sol de medio día. Todo pasaba como en un panorama; pero tan viva era la impresión, que no podíamos decir si era él ó nosotros los que nos movíamos. Todo era bullicio y vida; pero ningún sonido interrumpía el silencio opresivo. Todo era tranquilo como un sueño. Era un cuadro fantástico. Se sucedían calles y barrios; allí estaba el bazar con sus callejuelas estrechas y sotechadas; las tiendas por un lado, los cafés con graves fumadores turcos por otro, y cuando ó bien ellos pasaron por donde

estábamos, ó nosotros pasamos por donde ellos estaban, uno de los fumadores vertió el narghilé y café de otro, y una descarga de injurias apagadas nos causó gran asombro. De este modo viajábamos con el cuadro, hasta que llegamos á un gran edificio que reconocí como el palacio del Ministro de Hacienda. ¡En un foso que había detrás de la casa y que rodeaba una mezquita, echado en el fango, con el pelo como la seda, todo enlodado, estaba mi pobre Ralph! Palpitante y agazapado como si hubiese agotado las fuerzas, parecía estar moribundo, y cerca de él se hallaban algunos perros de mala raza y triste aspecto, colocados de modo que evitaban el sol y cazando moscas.

Habiendo visto todo lo que deseaba, aunque no había dicho una palabra sobre el perro al dervish, ya perdí la curiosidad de ver cualquier cosa. Estaba impaciente por salir y recobrar á Ralph; pero como mi compañera me suplicara que permaneciese un poco más, consentí á la fuerza. La escena desapareció, y Miss. H. se colocó á su vez al lado del dervish.

Pensaré en *él* — murmuró á mi oído con el tono ardiente que generalmente acostumbran usar las jóvenes cuando hablan del adorado *él*.

Se presenta una gran extensión de arena, y el mar azulado con blancas olas reflejando el sol, y un gran vapor surcando las aguas á lo largo de una costa aislada, y dejando tras sí una brillante estela. La cubierta estaba llena de gente, y los marineros muy atareados: el cocinero con gorra y delantal blancos, salía de la galera; los oficiales con uniforme, iban de un lado á otro; los pasajeros llenaban la cubierta, paseándose, bromeando ó leyendo; y un joven que ambos reconocemos, salió y se apoyó sobre popa. Era *él*.

Miss. H. dió un ligero suspiró, se sonrojó, sonrió y concentró de nuevo su pensamiento. El cuadro del vapor desaparece; la luna mágica permanece algunos momentos confusa. Pero otras manchas aparecen de nuevo sobre su faz luminosa; entonces vimos una biblioteca que se formó lentamente de sus abismos; una biblioteca con alfombra y colgaduras verdes y libros colocados alrededor del cuarto. Sentado en un sillón, ante una mesa colocada debajo de una lámpara, estaba escribiendo un anciano. Su cabello gris estaba peinado hacia atrás; su cara estaba completamente afeitada, y su aspecto era de bondad.

El dervish hizo un ligero movimiento indicando silencio; la luz del disco oscila, reasume su brillantez fija, y de nuevo queda por un segundo su superficie sin imágenes.

Estamos ahora en Constantinopla, y de los abismos del campo se forma

nuestra propia habitación en el hotel. Están nuestros periódicos y libros sobre el *bureau*; el sombrero de viaje de mi amiga en un rincón, con las cintas colgando sobre el espejo, y echado en la cama el vestido que se había quitado para hacer la expedición. Ningún detalle faltaba para hacer completa la identificación; y como para probar que no veíamos una cosa forjada en nuestra propia imaginación, había sobre la mesa dos cartas sin abrir, y los sobres fueron claramente reconocidos por mi amiga. Eran de un pariente muy querido de élla, de quien esperaba haber tenido noticias en Atenas, pero no habían llegado á tiempo.

La escena varía, y vemos el cuarto de su hermano con él echado en una poltrona, y un criado bañándole la cabeza, de la que, con gran horror nuestro, salía sangre. Una hora antes habíamos dejado al joven en perfecta salud; al ver este cuadro mi compañera, dió un grito asustada, y cogiéndome de la mano me arrastró á la puerta. Nos reunimos á nuestro guía y amigos en el salón, y corrimos al hotel.

El joven H. se había caído por la escalera y se había hecho una herida en la frente, aunque de poca gravedad; en nuestro cuarto, sobre la mesa estaban las dos cartas que habían llegado durante nuestra ausencia. Habían sido mandadas desde Atenas. Tomé un carruaje y me dirigí al Ministerio de Hacienda; bajé con el guía al foso que por vez primera ví en el disco brillante, y en medio del lodo, muy estropeado, hambriento, pero con vida aún, estaba mi hermoso sabueso Ralph, y cerca de él estaban los perros de mal aspecto, persiguiendo las moscas.

H. P. B.



VARIEDADES

LAS LÁMPARAS INEXTINGUIBLES

Relativamente, pocos serán los que no han oído hablar alguna vez de las lámparas perpetuas; pues las noticias referentes á este hecho, siempre se han divulgado, máxime cuando 173 autoridades han escrito sobre este asunto.

En *Isis sin Velo* no se afirma que dichas lámparas sean inextinguibles ni perpetuas, sino que éstas arden durante cientos y miles de años sin necesidad de alimentarlas.

En Egipto usábanse estas lámparas mucho más que en las demás naciones, porque se creía que el alma astral de la momia vagaba alrededor del cuerpo durante los 3.000 años que constituían su círculo de necesidad; y unida con él por un lazo magnético que no podía romperse más que por su propio esfuerzo, imaginaban los Egipcios que la lámpara, eternamente encendida, símbolo de su espíritu incorruptible é inmortal, decidiría por fin al alma más material á separarse de su habitación terrestre, y á unirse para siempre con su Yo divino. No es preciso citar una lista de los autores y filósofos que se han ocupado de esto. Sólo por tratarse de un padre cristiano consignamos á San Agustín, que menciona una lámpara del templo de Vénus, la cual era inextinguible por el viento y el agua. Otra, la más maravillosa, mencionada por Olybio Máximo de Padua, fué hallada cerca de Atteste.

«En una vasta urna de tierra estaba contenida otra menor, y dentro de ésta había una lámpara encendida, que había continuado en tal estado durante más de 1.500 años, por medio de un licor purísimo, contenido en dos frascos, uno de oro y otro de plata. Estos están en poder de Francisco Maturancio, quien les asigna un precio extraordinario». Esto es lo que respecto á ella refiere Escardonio.

Que los químicos y físicos niegan la existencia de dichas lámparas, no hay para qué decirlo; y en contra de esto podríamos argüir con muchas razones, agregando teorías y datos que probarían cómo esto se puede conseguir, si bien para llevarlo al terreno de la práctica se necesita ser un buen alquimista, y sólo transcribiremos una de las recetas que dejaron Tritenhein y Bartolomé Korndorf, que fabricaron preparaciones para este fuego inextinguible.

«*Sulphur* y *alum. ust.*, á cuatro onzas; sublímalos en flores hasta dos onzas, á lo cual añade borax cristalino de Venecia en polvo, una onza; sobre estos ingre dientes vierte espíritu de vino muy rectificado, y hazlo digerir; extráelo entonces, y evapóralo en frío; repite esto con frecuencia hasta que el *sulphur* se ablande como cera, sin despedir humo, sobre un plato caliente de bronce; esto es el *pabulum*, pero el pábilo debe prepararse de esta manera: coge los hilos ó hebras del *Lapis; Asbestos* del grueso del dedo del medio, y del largo del meñique; pónlos dentro de un vaso de Venecia, y recubriéndolos con el antedicho *sulphur* ó alimento depurado; déjese al vaso durante veinte y cuatro horas dentro de arena lo suficientemente caliente para que el *sulphur* pueda hervir todo este tiempo. Una vez untado y embadurnado así el pábilo, hay que ponerlo en un vaso en forma de concha, de manera que una parte del mismo salga por encima de la masa del *sulphur* preparado; colocando entonces dicho vaso sobre arena caliente, haz derretir el azufre, de modo que se impregne bien el pábilo, y cuando éste se encienda, arderá con llama perpetua, y tú podrás llevar esta lámpara á cualquier sitio que te plazca.»

La dificultad para la química moderna, estriba en no saber extraer el aceite del *asbestos* é ignorar la manera de preparar el aceite inconsumible.

Lo que antecede, es un extracto de *Isis sin Velo*, vol. I, pág. 317 y siguientes de la edición española, y lo que sigue, dos ejemplos que prueban la existencia de dichas lámparas.

Hallándose D. Juan Borrell en Tarragona, hacia el año 1866, oyó afirmar por varias personas, en el sitio donde ocurrió, que algunas de aquéllas habían sido testigos presenciales de haberse encontrado en una cantera próxima á la actual Rambla de San Juan, junto á edificaciones romanas (criptas tal vez), dos *lámparas* encendidas, que fueron rotas por los operarios, apagándose instantáneamente. No puede afirmarlo, pero cree que los trozos de dichas lámparas fueron llevados al Museo Arqueológico.

El Sr. D. Arnaldo Mateos oyó asegurar á un anciano, hace muchos años, que él había visto una de esas lámparas encendida junto á un sepulcro antiquísimo que se había descubierto en Torrente de Cinca (provincia de Huesca), la cual se extinguió por la corriente de aire. Parece ser que cuantos esfuerzos se hicieron para volverla á encender, fueron inútiles.

Movimiento Teosófico.

AUSTRALIA Y NUEVA ZEMBLA

Viaje de Mrs. Annie Besant.

La visita de Mrs. Besant á Nueva Zembla, según los informes que tenemos, ha causado una impresión favorable. Los periódicos, con una ó dos excepciones, la prodigan elogios. La visita del obispo de Auckland, de que hablábamos en el último número, produjo alguna agitación y fué causa de algunas censuras. En un artículo del *Otago Daily Times*, firmado «Présbitero», se habla de la visita en los términos siguientes:

«Esperaba con gran ansiedad coger alguna contradicción de esta inteligencia, que implicase, como ha sucedido, un resbalón ó escándalo para el pueblo cristiano. Ciertamente; parece increíble que un obispo cristiano pudiera considerar á Mrs. Besant como una extranjera merecedora de honores... El espíritu de la primitiva cristiandad, parece condenar la conducta observada por el obispo de Auckland, por los muchos ejemplos de franca reprensión, deslizados en el Nuevo Testamento.» A esto sigue una carta de un «Materialista cristiano», con algunas observaciones humorísticas sobre el porvenir de Mrs. Besant, y donde pide que se le muestre un alma sin cuerpo.

Mrs. Besant empezó á dar conferencias en Christchurch el 18 de Octubre, en el *Theatre Royal,* siendo los temas sobre «Los Peligros que amenazan á la Sociedad», «Cómo me hice teosofista», «La evolución del hombre» y «La Teosofía y sus enseñanzas».

La prensa ha considerado esta importante serie de conferencias, y parece que han sido muy útiles.

En el *Princess' Theatre*, Dunedin, dió cuatro conferencias, despertando mucho interés. Estas conferencias dieron ocasión á las cartas mencionadas, y también á otra con propósito especial, que ocupaba una columna entera del periódico.

El punto de vista del escritor está expresado con gran vigor: «Así, pues, afirmo, sin duda alguna, que ambos sistemas (Teosofía y Ateísmo), emanan de la *antigua serpiente*, *el Demonio* y *Satán*, y los dos llevan directamente al infierno, siendo el Thibet, donde moran los Mahatmas, una especie de lugar de descanso en el camino directo que avanza más allá... Este conocimiento que Mrs. Besant pretende comunicarnos, no es nuevo; hace lo menos 6.000 años que venimos oyendo esto. Satán fué el primer gran orador de esta especie, el primer gran expositor de la Teosofía.»

El artículo de Mr. Gladstone sobre la autobiografía de Mrs. Besant, publicado en Nueva Zembla en la época de su visita, ha producido opiniones de un orden variado, creyendo unos que se aprobaba en él la Teosofía, y considerándole otros como un ataque.

En Wellington, la prensa ha hablado en el mismo tono que la anterior.

En Napier, los concurrentes á las sesiones no fueron tantos. Sin embargo, dice el *Daily Telegraph*, que representaban la vida intelectual de casi todo el distrito, y que aplaudían frenéticamente.

En los días 15, 16 y 17 de Noviembre, Mrs. Besant dió conferencias en Melbourne sobre «El Espiritualismo y el Materialismo,» sobre los «Mahatmas» y sobre la «Teosofía, la Religión, la Sabiduría y el Progreso Moderno», ante una numerosa concurrencia.

Se ha recibido una carta de Mrs. Besant, con fecha 5 de Noviembre, de Napier, Nueva Zembla. Se refiere al triste accidente ocurrido al vapor correo. En ella dice:

«Ha ocurrido aquí un terrible naufragio, y los correos han desaparecido con el vapor. De 100 sacos, 94 han sido recobrados por varias personas, y se dice que no se han estropeado mucho en el agua; espero recibir mis cartas; estoy ansiosa de noticias, pues sólo he tenido un correo desde el 28 de Septiembre. Fué un accidente horrible: 175 personas se ahogaron, sin contar los niños; pueden ustedes figurarse la angustia y consternación que habría en Wellington, muchos de cuyo habitantes tenían á bordo amigos y parientes.»

La Logia de Wellington se ha hecho más activa, y cuenta con algunos miembros más.

Mrs. Besant funda esperanzas en el porvenir de la Rama de Auckland, que da muestras de una gran vida.

Mrs. Besant, en su última carta de Melbourne, fechada en 20 de Noviembre, dice: «Sidney ha progresado mucho durante las seis semanas que han pasado desde mi visita. Tengo un artículo «La Teosofía y sus Enseñan-

zas», inspirado en el *Kosmos*, del cual se han impreso 20.000 ejemplares; esto prueba el interés despertado entre los libreros. (Tomado del *Lucifer.)*»

AMÉRICA

En Santa Bárbara, California, se ha formado una Rama compuesta de siete miembros.

En Honolulu sigue progresando la Teosofía, aumentando mucho el interés público.



CUESTIONARIO

1.° Las preguntas que se nos hagan con objeto de que se inserten y contesten en esta sección, han de ser claras y concretas.

2.° Las preguntas pueden ser formuladas por cualquier individuo, sea ó no miembro de la Sociedad Teosófica, ó suscriptor de esta Revista, dirigiéndose *precisamente por escrito* al Director de este periódico, San Juan, 3 y 5, principal, derecha, y firmadas por el preguntante. Al insertarse, no se incluirá la firma y sí las iniciales.

3.° Las respuestas aparecerán en el número siguiente al en que se publiquen las preguntas, siempre que sea posible disponer del suficiente espacio para insertar todas las contestaciones que se reciban, reservando para el próximo número las restantes, cuando no haya posibilidad de insertar todas.

4.° Pueden darse dos ó más contestaciones á una sola pregunta, por lo que rogamos á todos los teosofistas, sea el que fuere el punto donde residan, que nos favorezcan con su ayuda en este trabajo, remitiéndonos las respuestas que crean oportunas, suplicándoles lo hagan antes del día 1.° del mes siguiente á la publicación de esta Revista.

5.° La Dirección se reserva el derecho de no dar á luz aquellas preguntas y contestaciones que, por entrar en el dominio de lo esotérico, ó por cualquier otro motivo justificado, no crea conveniente publicar.

CONTESTACIONES

DIRECCIÓN. — Respecto á la pregunta 11, creemos un deber advertir á los lectores de SOPHIA que se encuentran algunas aclaraciones en el número 15, serie primera, pág. 7, de los *Estudios Teosóficos*, con objeto de que puedan consultar este texto si carecen de *La Clave de la Teosofía*.

PREGUNTA V

K. Y.—En diferentes tratados teosóficos se habla de antiquísimos continentes que en remotas edades fueron sumergidos á consecuencia de cataclismos geológicos. Uno de éstos fué la Atlántida, *de la cual nos habla Platón y Baylly, y el otro la* Lemuria, *de la que nos habla Haekel. Ahora bien; lo que hoy se sabe corcerniente á esta última, ¿lo conocemos por Haekel, ó por los trabajos teosóficos? ¿Hay alguna fuente anterior á este filósofo ó á estos trabajos, y que trate de este asunto?*

O. O. O.—K. Y. sin duda no ha tenido en cuenta en su pregunta que, siendo las doctrinas teosóficas muy anteriores á Haeckel, para nada necesitaba la Teosofía apoyarse en las teorías de ese filósofo. Cualquiera que haya leído algo respecto á los Misterios que se celebraban en la antigüedad, no sólo en las obras teosóficas, sino en las profanas, sabe que ciertos conocimientos y enseñanzas sólo se revelaban á los Iniciados. Estos, habiendo existido desde tiempo inmemorial y habiéndose transmitido las doctrinas Esotéricas á través de los siglos, es evidente que existe una fuente anterior á Haeckel, en la que pueden inspirarse los teosofistas modernos sin acudir á ese filósofo que, además, no ha sido el único en *oir hablar* de continentes sumergidos.

La Teosofía, mejor que nadie, puede tratar cuestiones tan árduas, ya que cuenta con medios de que carecen en general los hombres de ciencia: pero no faltan sabios oficiales que desde hace pocos años han tenido el valor poco común en su especie, de afirmar que han existido grandes continentes hoy sumergidos. Si K. Y. desea profundizar esta difícil cuestión bajo el punto de vista teosófico, que es el que interesa á la mayoría de los lectores de SOPHÍA, puede consultar *The Secret Doctrine*; en esa obra única hallará todos los datos que necesite, ó al menos aquellos *que creyó su autor deber dar al público.*

Siendo el espacio destinado al *Cuestionario* limitado, sólo citaré unos pasajes de *The Secret Doctrine*, ya que para agotar el tema necesitaría tres números enteros de SOPHÍA; pero á continuación encontrará K. Y. la lista de los capítulos, páginas y títulos de *The Secret Doctrine*, que tratan de la Lemuria:

Lemuria, vol. II, págs. 7, 31, 45, 141, 193, 195, 201, 323 *et seg;* 327 *et seg.*; 368, 371, 402, 405, 433, 454, 762, 768, 779, 783, 790.

Lemuria.— Nombre de Lemuria propuesto para la Tercera Raza-Raíz (el Continente de), vol. II, 7; su diluvio, tradición universal, II, 141; cuna del hombre físico primitivo, II, 193, 790; sus razas ó tribus medio animales, II, 195; Lemures gigantescos, II, 201; nombre de Lemuria, II, 323 *et seg.;* El África posterior á la Lemuria, II, 368; sus divisiones septentrionales y meridionales, II, 371; la Escandinavia, parte de la Lemuria, II, 402; restos de la Lemuria, II, 405; en su grado más alto de civilización, II, 433

et seq.; combinada con la Atlántica, II, 762; el Reino de Saturno, II, 768; los Hotentotes, un ejemplo, II, 779; Continente Lemuro gigante, II, 783.

Lemures, vol. II, págs. 263, 274, 286, 301, 330, 351.

Lemuro-Atlantes, vol. II, págs. 184, 191, 195, 221, 250, 316 *et seq.;* 426.

Hablando de los cuatro Continentes, y al tratar del Tercero, ó sea de la Lemuria, dice H. P. Blavatsky:

«III Lemuria.

»Proponemos llamar Lemuria al tercer Continente. El nombre es una invención ó idea de Mr. P. L. Sclater, quien entre los años 1850 y 1860, afirmó, fundándose en datos zoológicos, la existencia real, en tiempos prehistóricos, de un Continente que demostró se extendía desde Madagascar á Ceilán y Sumatra. Incluía algunas partes de lo que es ahora Africa; pero ese Continente gigantesco que se extendía desde el Océano índico hasta Australia, ha desaparecido ahora enteramente debajo de las aguas del Pacífico, dejando sólo aquí y allí algunas de las cumbres de sus montañas que son ahora islas.» *The Secret Doctrine*, vol. II, pág. 7.

PREGUNTA VI

K. L. — En los artículos de Mr. Ráma Prasád, Nature's Finer Forces, *se habla de* prána macho *y* prána hembra, *comparando al primero con la luz del sol, y al segundo con la de la luna. Si se considera á* prána *como el principio vital, ¿qué clase de* pránas *son esos otros?*

F. P. — Prana, ó séase Jiva, es el principio y el combinado de todas las manifestaciones universales. Y de ahí, entre otros, los nombres de «prana macho» y «prana hembra» de la pregunta, respondiendo, ó á sexos, ó á símbolos representados por el sol y la luna, ó su luz; ó por el oro y la plata, etc., etc., frecuentemente empleados por los alquimistas.

Δ Ω. — Mr. Ráma Prasád, en sus mismos artículos, expresa á qué se refiere cuando dice «prana macho» y «prana hembra». Prana, bajo ciertas condiciones, se polariza en sentidos distintos, positivo y negativo; pero como estas expresiones no podrían relacionarse con otros datos ocultos de *La Ciencia del Hálito*, de ahí que se empleen las citadas antes. Reasumiendo: el «prana macho» y «prana hembra» son sentidos polarizados de Prana, comparados con el sol y la luna, no la luna y el sol que vemos brillar en el firmamento, representantes éstos de fuerzas que no entran en el dominio de las especulaciones físicas, y nombres empleados para significar determinadas partes de los seres; por ejemplo, el hemisferio oriental de nuestro globo, es la parte solar, y el prana que la vitaliza, se llama *prana macho*; el hemisferio occidental es la parte lunar, y su prana, *prana hembra*. Estos polos varían de signo con el tiempo y otras condiciones.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.